

LIBERTAD Y COMPROMISO

Por Luis Ángel Barquín

Buscando en el diccionario la palabra libertad, me siento atraído por uno de sus significados: 'facultad natural que tiene el hombre de obrar de una manera o de otra, y de no obrar, por lo que es responsable de sus actos'. Otra de las acepciones que encuentro de esta palabra, para mí muy cercana a su esencia, es 'prerrogativa, privilegio, licencia'.

Por un lado, la libertad es un potencial íntimo del hombre, un poder de su naturaleza que ha de recuperar para hacerse digno de la condición que se le presupone, la humana. Con ese poder, la persona responde a cada situación con todo su ser: no reacciona ante lo que le ocurre sino que simplemente actúa, o no, desde su atenta presencia, y lo hace sin desmesura, ni por exceso ni por defecto, adecuando su respuesta al momento tal cual surge. Por otra parte, la libertad alcanzada y continuamente alimentada, es un trampolín desde el que el hombre salta al estado intuitivo por excelencia, el creativo. La creatividad es, para mí, una facultad latente en todas las personas, y activada en algunas de ellas, que les permite hacer desaparecer su ego durante periodos de tiempo variable, para dejar que la naturaleza se exprese armoniosamente a través de su psique y sus sentidos corporales. Inmediatamente después, tendrán en sus manos un regalo que podrán traducir delicadamente al lenguaje humano más apropiado, sirviéndose de su sensibilidad y recursos técnicos.

El ser humano habla y escribe sobre su libertad y esclavitud desde hace milenios, tratando de recordar el cruce de caminos donde perdió la primera y empezó a sufrir la segunda. Ello no le impide enredarse cada vez más en la maraña de ideas y emociones que le despiertan estas dos palabras. A veces, siente que está muy cerca de averiguar algo que alivie su carga y deshaga sus ataduras, y esa proximidad le anima a seguir escudriñando el horizonte.

Creemos que la libertad es un fin en sí misma, un ámbito que no necesita de nada ni nadie más para ser completo. Y sabemos que a un hombre encarcelado durante largos años, privado de su libertad externa, muy a menudo le asalta el miedo a salir y enfrentarse con su vida allende el presidio, probablemente porque se siente muy lejos de su verdadera libertad, que le posibilitaría la creación de su propio y saludable sentido de estar vivo. En consecuencia, la libertad podría ser vislumbrada más como medio que como meta final, quizá una cumbre alcanzable desde la cual podremos divisar los fértiles valles del futuro que disfrutaremos y cultivaremos todos juntos con empatía y dedicación, y de donde podremos extraer los alimentos visibles e invisibles del nuevo hombre, divino y humano a la vez.

En la libertad, uno camina siempre mediante sus propios pasos: no imitamos, sino que nos dedicamos a constatar incansablemente cómo caminamos, cuidamos de las fuentes que nos mantienen en pie (descanso, contento, alimentación, sueño, cariño, amistad...), si nos inclinamos demasiado hacia un lado, en qué grado la rigidez nos domina, si el cansancio o la impaciencia nos desanima en exceso, si nos hacen avanzar sólo las expectativas, y cuánto disfrutamos del recorrido.

En la libertad, uno llega irremediamente hasta el prójimo, que es en buena medida una imagen de nuestra naturaleza interior y desconocida. En ese encuentro, uno halla la inmensidad del universo en los ojos y la vibración de vida del ser cercano. Ahí, se encuentra también un querer que no es de uno ni del otro, sino completo, donde las mitades encajan suavemente, rendidas a un cariño que las trasciende. Poco a poco o de golpe, uno va encontrando pistas y señales de conexión con cada cosa, en cualquier lugar y momento, notando cómo algo aparentemente externo quiere establecer contacto pacífico con nuestras entrañas, y algo quiere salir desde nuestras profundidades a jugar con la vida que suponíamos externa. En esa resonancia, uno confunde las siluetas de amigos y enemigos, los árboles pueden dictarnos poemas, la música siempre nace del silencio, y el pensamiento nos deja por fin tranquilos.

Así, el todo invita a la parte, y ésta acepta con una sonrisa la invitación, percibiéndose unida a la totalidad a la que la sirve, mas sin perder su condición de fragmento irreplicable: hermosa paradoja. Así, un fuego va quemando todos los pretextos, las reservas, los excesos, una quietud lo envuelve todo, y va el alma quedándose desnuda, sin eco, llenándose de amor como se llena un espejo, con claridad y sin esfuerzo. Así, la libertad que anhela florecer y dar fruto, puede encontrar un sitio donde poder descansar, multiplicarse y dar forma a su incontaminada energía: el compromiso.

La palabra compromiso (del latín, *compromissum*) adopta varios significados en lengua castellana. De entre ellos, los tres siguientes llaman mi atención por encima del resto: ‘obligación contraída; dificultad, empeño; ofrecimiento hecho’. Este último es el que más se acerca a mi vivencia del compromiso.

Compromiso ha sido siempre una hermosa palabra. Lo es aun más en los tiempos que corren pues conserva vestigios de la pureza con que antaño los latinos la asumían en sus relaciones. La palabra está formada por tres elementos: el prefijo *com*, el segundo prefijo *pro*, y el verbo *mitto*, *mítere*, *misí*, *missum*. De aquí formaron los latinos el verbo *promítere* (prometer) y el verbo *compromítere*, que tenía un significado bastante más riguroso que el actual. *Compromítere* era prometerse mutuamente, donde *com* es prefijo de compañía. En latín, si el compromiso no es mutuo, no existe. Y es importante aclarar esto último porque en el paso a

nuestra lengua, este aspecto quedó como opcional y más bien raro. Hoy en día, uno puede comprometerse ante otro, o con otro, a hacer algo sin que ello implique ningún compromiso para el otro. Este último enfoque del compromiso, algo que se siembra, riega, cuida, cosecha, y vuelve a sembrarse indefinidamente entre dos personas o partes, o entre la parte y el todo, es la porción que completa, desde mi entendimiento, el significado de esta palabra.

Cuando el corazón humano despierta, de su contorno emergen unos brotes de gratitud hacia el Todo y cada una de sus partes. Los brotes, en su crecer sensible y confiado, terminan por abrirse como lo hacen las flores: perfumes, líneas, colores, texturas, armonías... elementos, en suma, de lo natural que celebra su existir sin motivo, sin escándalo.

En esa apertura, uno comienza la verdadera vida, uniéndose al trabajo sin objetivos concretos, sin motivos elaborados, disfrutando del hacer para compartir, le sirva a alguien o no, lo aprecie o no el resto de la existencia. Ese sentimiento se extiende por todo el hombre y arraiga en su ser, haciéndole firme, fuerte y flexible, capaz de resistir un vendaval, sonreír desde adentro, y servir de cobijo a otros seres.

El compromiso es la realización de la libertad, la incluye, la proyecta, la convierte de mujer en madre. Sin compromiso, la libertad deja de arder y se extingue finalmente, dejando tras de sí únicamente el humo de un vago recuerdo, su quimera...

...o como diría el poeta:

*Libertad para soñar,
soñar para ser ligero,
ligero para volar,
volar para estar despierto,
despierto para ser uno
contigo, para quererlo.*

Madrid, 22 de abril de 2007